

29° Domingo del Tiempo Ordinario - C - 19 octubre 2025

Ex 17, 8-13; Sal 120 (121); 2Tm 3, 14-4, 2; Lc 18, 1-8

Nuestra ayuda viene del Señor!



Si hay una opinión sobre la que los hombres y las mujeres de este tiempo pueden estar de acuerdo, es que la existencia humana es compleja y complicada. Consciente de esto, el padre Robert CHAPOTTE, un sacerdote montfortiano que murió recientemente, repetía a menudo: "¡La vida es dura para los humanos!" (fuente desconocida). Todos afrontamos dificultades más o menos grandes; todos libramos batallas más o menos duras, que sean conocidas por los demás o en secreto. También nos damos cuenta de que a veces, ante estas pruebas, somos tan débiles. Afortunadamente, el médico está ahí para ayudarnos a combatir ciertas enfermedades físicas; afortunadamente, el psicólogo está allí para ayudarnos a enfrentar el estrés crónico, la pérdida del gusto de vivir, la depresión o algunas otras preocupaciones psico-mentales; afortunadamente los padres, amigos, seres queridos están ahí para ayudarnos en las soledad, consolarnos en el duelo etc. Pero ¿qué sucede cuando las

personas de nuestro entorno son impotentes, ellas también? ¿Cuando nadie viene o no puede venir en nuestra ayuda? ¿Ante un acontecimiento que toca el fondo de nuestro ser? ¿Una enfermedad incurable? Una situación desesperante? ¿... ? El salmista nos invita a levantar los ojos: "Levanto los ojos hacia las montañas: ¿de dónde me vendrá la ayuda? La ayuda me vendrá del Señor que hizo el cielo y la tierra". Jesús nos invita a volvernos hacia nuestro " Dios que hará (hace) justicia a sus elegidos que gritan hacia él".

La experiencia de Israel en el desierto nos muestra que Dios no abandona a su pueblo en los combates. Su brazo poderoso nos sostiene y su mano fuerte lucha con nosotros y por nosotros. El autor del libro del Éxodo dice: "Cuando Moisés levantaba la mano, Israel era el más fuerte. Cuando la dejaba caer de nuevo, Amalec era el más fuerte". Esto nos hace descubrir que la verdadera fuerza de Israel no estaba en sus espadas, sino en el Señor. ¡Pero aquí hay un problema! El poder de Dios revela nuestra debilidad. Ahora bien, nadie quiere hacerse pasar por un débil; habitados por una cierta 'voluntad de poder', todos deseamos manifestar de lo que somos capaces. Llegamos hasta aplastar a los demás para sacar esta fuerza. ¿Aplastar a los demás nos hace realmente más fuertes? Aceptar sus límites humanos y su debilidad realmente nos rebaja? ¡No! En todo caso, san Pablo ha encontrado su orgullo: "Es por tanto de muy buen grado que yo pondría más bien mi orgullo en mis debilidades, para que el poder de Cristo haga en mí su Morada... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte " (2 Co 12, 9-10). La gracia de Dios nos levanta, su palabra nos equipa 'para hacer toda clase de bien' y su poder actúa en nuestras manos y por nuestras manos humanas.



Jesús, en el evangelio, sabiendo que nos enfrentaremos a situaciones que nos superan, subraya la "necesidad de orar siempre sin desanimarse". Si un juez injusto es capaz de hacer justicia para librarse del aburrimiento que causa la demandante, ¿qué decir del Dios de la justicia? Dios hace justicia no por coacción, sino porque la justicia forma parte de su Ser Divino. Nuestros gritos no le molestan. Al contrario, su corazón de amor se deja tocar por nuestras oraciones para hacer fluir el río de la gracia sobre los que esperan en su misericordia.



No nos dejemos abatir por nuestras múltiples preocupaciones. No estamos solos. La mano de Dios está con nosotros. Si no vemos más salidas, si la victoria parece escaparse, no temamos! Levantemos los ojos y gritemos: "Dios, ven en nuestra ayuda, Señor, a nuestro socorro". ¡Nuestro socorro viene de nuestro Señor!

P. Ekenley JEAN-NOËL (Tito), smm